

TEATRO

Jaume Melendres

Tania seducida al fin

Título: «Seductora»

Autor: Arana, Jiménez y García

Música: Dolz y Soto

Estreno: Teatro Apolo, 22-VI-79

Intérpretes: Tania Doris, Luis Cuenca, Eugenia Roca, Luis Oar.

Montaje y coreografía: Eber Lobato.

Parece, a primera vista, que nada ha cambiado en el Apolo. Tania ha regresado con los mismos centímetros que se llevó, su misma voz.

Cuenca conserva bien su vis cómica y su cuerpo concentracionario. Para Colsada y compañía, la revista sigue siendo un género que oscila entre la ingenuidad escénica del teatro parroquial y una sofisticación coreográfica que se quiere parecer a Broadway, a Viena y a París. Un género filosóficamente seductor porque en él las escenas «realistas» son representadas ante irreales decorados de papel arrugado y oscilante (muy útiles para recordar cuál era, hace unos años, la imagen popular de lo lujoso) y, en cambio, las escenas que **no representan nada**, puramente decorativas y coreográficas, en escenografías corpóreas y realistas, con fuentes y escaleras de verdad.

Permanece también, como una incrustación anacrónica, la «estampa catalana» que sigue hablando de la ocupación extranjera en Catalunya (refiriéndose, claro está, a los franceses de Napoleón) y sigue siendo aplaudida a rabiar por un público que parece no haber llenado jamás el aire de la calle con pancartas y deseos de Estatut. Ciertamente, ahora, cuando no se nos muestra la ensoñación femenina de los boys del conjunto y la eficacia ejecutiva de las chicas que trajo Colsada para divertirnos, ya no se habla —como antes— de Cruyff o del Opus. Ahora se habla de UCD («un cachondeo descojonante»), de los esquinazos que nos da Núñez y de honorables patriarcas (orientales). Pero se trata de una diferencia puramente coyuntural —periodística, podríamos decir.

Las alusiones a la actualidad, incluida la política, son tan benignas como antaño, son simples perdigonadas de confetti. La estructura, que es lo que cuenta, permanece inalterada, hija de un estudio del mercado más intuitivo que científico pero, no por

ello, menos riguroso. Colsada y Cuenca —tanto monta— forman un tándem de costumbres muy finas, basadas en una sólida conciencia de lo contable y en una tremenda capacidad de comprensión sociológica. Y la sociedad cambia.

Consecuentemente, pese a todas las constantes señaladas, en esta «Seductora» hay cambios importantes respecto al pasado. Sutiles, si se quiere (ni siquiera se

practica el **topless** femenino, con lo cual —curiosamente— hoy cualquier playa resulta más atrevida que un teatro de revista), pero, por sutiles, más importantes todavía. Son cambios en el concepto de lo moral.

Para comprenderlo, basta observar qué les ocurre a Tania Doris y a Luis Cuenca. Ambos venían manteniendo, desde hace muchos años, un intenso idilio escénico. El la deseaba. Ella le tenía cariño. Pero el coito lo aplazaban. ¿Por qué? Porque, caso de existir, el de ellos (por imperativos del género frívolo) había de ser adulterino, sin almohada de papeles oficiales. Y eso, no: el adulterio estaba legalmente penalizado; no se podía incitar al delito desde un escenario de revista (1). Y el «deseo» de Cuenca era el deseo del público masculino en general. Todos querían que Cuenca, **por delegación**, en nombre de todos y de cada uno, se acostase con Tania. La frustración de Cuenca era la frustración de cada hombre. Pero había un consuelo. Todos los hombres se marchaban convencidos de que Cuenca no lo conseguiría a causa de su físico excepcionalmente feo. «El no, pero yo sí», podían pensar.

No se daban cuenta de que Tania, como los monumentos, estaba

rodeada por todas partes de céspedes y cadenas que limitaban su acceso a lo puramente visual por razones de estricta prudencia económica. De respeto a la ley. Colsada y Cuenca siempre respetarán la ley.

Y ahora que lo extraconyugal ya no es motivo de prisión, los amores **escénicos** de Tania y Luis se han consumado. Ya se puede decir públicamente que el sexo sin matrimonio puede existir. Esa es la gran novedad de «Seductora». Desde este punto de vista, las revistas de Colsada-Cuenca son el reflejo exacto de los límites legales de nuestra sociedad en el campo moral; son un tratado sociológico con coreografías y canciones. Se transforman al mismo ritmo que el Código Penal. Véase, por ejemplo, de qué modo «Seductora» se refiere al aborto, todavía delictivo: con eufemísticos viajes a Londres. Pero tal vez porque el idilio de Doris y Cuenca ha sido consumado, se nota en «Seductora» un cierto cansancio, una evidente relajación del ritmo escénico. Colsada paga una nómina de músicos, pero no los hace trabajar.

Pone un **play-back** que no ahorra ningún esfuerzo a Tania (ella sigue cantando a micro cerrado, como si quisiera competir con su voz reproducida) y que, en cambio, confiere al espectáculo el tono frío y falso de «300 millones». En este caso, modernizar equivale a morir un poco.

(1) Sí, en cambio, *paradójicamente, desde los escenarios dramáticos o desde la pantalla porque el género serio permite que las cosas no acaben bien y que la transgresión sea castigada psicológica o físicamente. En cambio, el género frívolo debe acabar bien por definición, con lo cual durante mucho tiempo podía permitirse menos frivolidades que nadie. Por eso el vodevil se convirtió en un género basado en la suposición o la posibilidad de la transgresión y, a la vez, en el más casto de los géneros.*

